Master Negative Storage Number

OCI00042.11

Los Ladrones de mar, ó, El tesoro codiciado

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 11

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00042.11

Control Number: ADT-1620
OCLC Number : 29674257
Call Number : W 381.568 H629 v.2 LADR
Title : Los Ladrones de mar, ó, El tesoro codiciado.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 31 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.

LOS LADRONES DE MAR

ó

EL TESORO CODICIADO.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

ES PROPIEDAD.

381.564
629 v.2
70R

LOS LADRONES DE MAR

ó

EL TESORO CODICIADO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Las Antillas.—Las flotas españolas y el hombre del sombrero y el capote de mar.—La taberna de la Jamaica.—El plan que el pirata Juan Ojenkan revela al tabernero y cómo y con qué medios principian á ejecutarlo.

La famosa bahía de Darien, situada en una de las grandes ensenadas que constituyen las pequeñas Antillas, casi unida al continente americano, se encuentra al Norte de la Jamaica que, con las islas Bermudas, Lucayas, la Guayana y otras, constituyen el grupo de las posesiones inglesas que hay casi en frente del golfo de Méjico. Todas estas islas, teatro hoy de un comercio importante, en donde se vende el maíz, el cacao, el algodon, el tabaco, la quina, la vainilla, la jalapa, el palo campeche, la azúcar, el café, el añil y otros frutos, era en lo antiguo el punto de reunion de todos los piratas extranjeros, que, valiéndose de los numerosos arrecifes y escollos de aquellos tempestuosos parajes, esperaban el paso de las naves españolas que, cargadas de oro y plata, volvian á España para llevar á ella el fruto del descubrimiento de Cristóbal Colon, y allí, en medio de los mares, las sorprendian y se apoderaban de ellas.

Eran, pues, muy frecuentes por este motivo los combates marítimos, las empresas temerarias y las sorpresas más incon-

cebibles; así es que todas las flotas americanas que venian de Méjico, el Rio de la Plata y el Perú, caminaban con grandes precauciones, las cuales eran inútiles en varias ocasiones por la astucia de aquellos piratas, que llegaron con el tiempo á ser el espanto de los mares. Las velas españolas se veian siempre desde las altas rocas de la Jamaica, por cuyas aguas tenian que hacer su derrota muchos capitanes, y esto despertaba la codicia de los ingleses y aumentaba sus deseos hasta el extremo de salir al mar para quitarnos nuestros legítimos tesoros.

Uno de los que más atentamente seguian la marcha de aquellas naves era un hombre de alta estatura, barba entrecana y crecida, sombrero de ala ancha, el cual ocultaba el brillo de sus ojos, y capote de mar, esto es, un saco de lana burda con capucha, el cual, colocado siempre en el Morro de la Jamaica, que era un peñasco que avanzaba sobre el mar, miraba con tenaz atencion aquellos buques que pasaban de los puertos americanos á los puertos españoles. Este hombre, una tarde que vió pasar en silencio una flota, pareció meditar largamente, y cuando principió á anochecer se bajó con lentitud á la ciudad, como si un extraño pensamiento lo atormentase. Cuando llegó á las primeras casas, se dirigió á una calleja en cuyo extremo habia una taberna, y penetrando en ella pidió una botella de rom que principió á beber á pequeños sorbos. En esto sobrevino la noche por completo, y como la taberna se llenó de gente, llamó á un muchacho, hijo del tabernero, y á quien conocia de antemano, y le dijo con una voz enronquecida por el abuso de las bebidas:

—Mira, Thomas Smith, anda vé al mostrador y dile á tu padre que tengo que hablarle.

Aquel muchacho, que parecia más listo que una ardilla, miró de reojo al hombre del sombrero y del capote de mar, y en seguida llevó el recado á su padre, el cual despues de despachar á algunos parroquianos, se fué á la mesa del que le habia llamado, principiando entre los dos una conversacion interesante, la cual debemos extractar aquí para conocimiento de nuestros lectores. El hombre del sombrero y del capote de mar hizo presente al tabernero que mientras ellos apenas tenian medios para vivir, todo el oro de la América pasaba á España sin que ellos disfrutasen ni una onza de aquellas fabulosas riquezas, lo cual no debian consentir si es que tenian corazon de

hombres valientes. Que para conseguir el objeto de ponerse ricos sin gran trabajo no habia más que preparar un buen barco, montar en él algunos cañones y salir en corso al mar, sorprendiendo á los buques españoles; que esto era empresa muy fácil, en virtud á que él conocia todas las ensenadas, bahías y cabos de la costa, y lo único que hacia falta era encontrar hombres decididos que se aventurasen á entrar en la empresa que él habia concebido.

Escuchólo en silencio Pedro Smith y Lemoige, que así se llamaba el tabernero, y desde luego se conoció que el discurso del hombre del sombrero y del capote de mar habia producido en él un grande efecto, puesto que sus ojos brillaron con avaricia y sus manos parecian contar las monedas de oro que soñaba apresar en la empresa que aquel hombre le proporcionaba.

—Pero, señor Ojenkan,—repuso el tabernero admirado;—¿estais seguro que podemos ponernos ricos sorprendiendo á los barcos españoles?

—Tan seguro como ahora estamos bebiendo rom en vuestra taberna. Mi plan, si es que quereis ayudarme, es pasar á la inmediata bahía de Darien; yo, como sabeis, sé construir un buen barco, y allí tenemos excelentes maderas para el caso. En poco tiempo tendremos un excelente bergantin, llevaremos cañones de la isla y contando como cuento con algunos amigos valientes y entendidos, podremos en poco tiempo tener nuestra fortuna, que es hoy por desgracia muy menguada.

No cayeron, como se suele decir, en saco roto las observaciones del llamado Ojenkan en el ánimo del tabernero Pedro Lemoige, y desde el dia siguiente principiaron á concertar su plan para convertirse en piratas, puesto que la empresa ofrecia grandes ventajas, mucho mayores sin duda que los riesgos que esta podia ofrecer. Tanto Juan Ojenkan, que así se llamaba el hombre del capote de mar, como el tabernero, principiaron á reclutar gente, y en poco tiempo reunieron ochenta y cinco hombres, los cuales aceptaron las condiciones que hubieron de ofrecérseles en la taberna, comprometiéndose á jugar sus vidas á cambio de que todas las presas que se hicieran se repartieran á proporcion, y acordóse en definitiva embarcarse todos con rumbo á la bahía de Darien, á una ensenada completamente desierta, en la que sin ser vistos de nadie, construirian el bergantin pirata que habia de ejercer sus rapiñas contra los barcos españoles.

Redujo Juan Ojenkan á dinero la poca hacienda que tenia en la Jamaica y el tabernero hizo lo propio, con lo cual compraron cuatro cañones, balas y pólvora, y despues de reunidos todos los que habian de formar parte de la tripulacion se embarcaron con rumbo á la antedicha bahía de Darien, á la que llegaron sin ninguna novedad.

Juan Ojenkan era uno de esos hombres que tienen una voluntad de hierro, y reasumió en él el mando de aquella gente desalmada, que con el aliciente de las riquezas que esperaban recoger le obedecian ciegamente; así es que como entre ésta habia hombres que entendian de marinería y de construccion de barcos, pudo desde luego ponerlos á trabajar en la entrada de un bosque que los abastecia de toda clase de maderas para hacer el bergantin pirata que se proyectaba. Como Pedro Lemoige, el tabernero, no entendia una palabra de *calafatería*, recibió el encargo de cazar por aquellos desiertos parajes, aves y animales para alimentar á los ochenta y cinco piratas, y puesto al frente de diez hombres y llevando consigo á su hijo Thomás Smith, todos los dias traia carne suficiente para que todos estuvieran alimentados con abundancia.

Cerca de un año duró la empresa de la construccion del bergantin; pero al fin y al cabo ésta llegó á su término, siendo botado al agua con facilidad á causa de haberse puesto sobre rodillos ensebados. En seguida se le pusieron los palos, el timon, las velas y el cordaje, se montó en él la artillería, se le pusieron lanchas á babor y á estribor y todo quedó listo para hacerse á la mar tan luego como el tiempo, que estaba borrascoso, así lo dispusiese. Para abastecer de víveres el bergantin se apeló al recurso de la caza, que era abundantísima, y pronto se tuvo una gran cantidad de carne salada para alimentar la tripulacion. Juan Ojenkan, no satisfecho con esto, distribuyó los empleos, repartió las armas que se habian llevado á la bahía de Darien, nombró los artilleros y dió el cargo de piloto á Pedro Lemoige, que veia por fin casi realizadas sus esperanzas de hacerse rico. Su hijo Thomás fué nombrado pilotin; bautizóse el bergantin con el nombre de *El Milano*, nombre significativo, y sin bandera mercante ni de guerra, un viérnes del mes de Febrero de 1561, se dió á la mar para cruzar desde la parte Norte del golfo de Méjico hasta la extremidad Sur del istmo de Panamá, asegurando antes en su carta marítima los puertos que debian servirle de refugio, tanto en

las Antillas inglesas cuanto en el golfo de Honduras y demás puntos de aquellas peligrosas costas. Era el referido Juan Ojenkan un excelente marino que conocia muy bien aquellos mares, y como su sed de riqueza era completamente desmedida, y su valor temerario corria parejas con aquel deseo, pronto se dió á conocer por medio de sus hazañas, como diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

La salida.—El navío *San Pablo*.—Los pasajeros que iban en este buque.—La hermosa Rosaura.—La borrasca.—El ataque del bergantin pirata.—El tesoro.—Proyectos de reparticion.

Ya hemos dicho lo que era el pirata Juan Ojenkan, y debemos añadir, valiéndonos de la verídica historia de á donde sacamos estos apuntes, que era el tercer navegante que se lanzaba al mar en busca de los tesoros españoles, habiendo sido precedido por el famoso marino Francisco Drake y por el no menos célebre Walter Raleigh, que acabó por ser ahorcado. Ambos habian sido el terror de las ciudades americanas, las cuales habian sido saqueadas y robadas, y con estos antecedentes el pirata Juan queria sobrepujar á sus antecesores en atrevidas empresas. En la costa que tenia delante de sí habia poblaciones como Panamá, Costa Firme, Santiago, San Salvador y otras muchas, que todas ofrecian no poco aliciente en virtud de ser el depósito de los tesoros que venian del Centro de América y ser además el punto de donde ordinariamente salian las embarcaciones que él tanto codiciaba apresar.

Los primeros dias de navegacion no señalaron nada de particular: el nuevo y atrevido pirata se contentó con sorprender algunos pueblecillos de la costa y algunos barcos mercantes de poca importancia; pero esto fué suficiente para que se difundiese la noticia por el Centro de América, avisándose las autoridades mútuamente de que habia un nuevo pirata en campaña, lo cual hizo que se tomaran aquellas precauciones que reclamaban el bien del Estado y el servicio público. Sin embargo, como éste no podia quedar interrumpido y teniendo que enviar á Cádiz una importante remesa de oro y plata, se dispuso que el navío *San Pablo* hiciese el viaje con la debida tripulacion para evitar todo ataque por parte del pirata Juan Ojenkan, cuya celebridad iba en aumento á causa de las sorpresas que continuaba haciendo en embarcaciones menores,

que quemaba ó echaba á pique, y en pueblecillos insignificantes que asediaba y tomaba, llevándose todo cuanto en ellos encontraba.

Tenia el navío fama de velero, y dispúsose el embarque de un magnífico tesoro, consistente en dos millones de pesos y sesenta mil doblones en oro, que debia llevar á España con destino al ejército. Como el *San Pablo* iba perfectamente preparado, no tuvieron reparo alguno en tomar pasaje en él algunas familias, yendo entre ellas la bella cuanto hermosa Rosaura Ortega, hermana de un valiente oficial llamado Juan Ortega, que estaba al servicio del gobernador de Costa Firme. Preparado el viaje, se dispuso que el navío *San Pablo* se daria á la vela tan luego como hiciera viento favorable; pero como el pirata Juan Ojenkan tenia sus espías en la costa, no tardó en saber lo que se preparaba, y al efecto, se situó en una de las poco conocidas ensenadas del istmo de Panamá, atracando us bergantin en un punto del que podia acechar sin ser visto.

Despidiéronse los pasajeros del navío *San Pablo* de sus amigos y parientes con lágrimas en los ojos, no siendo la que menos lloraba la hermosa é interesante Rosaura Ortega al dar el último abrazo á su hermano D. Juan, y despues de los encargos necesarios hechos por el gobernador de Costa Firme al capitan y al piloto del navío, éste levó anclas, y disparando los cañonazos de despedida se hizo al mar, dirigiendo la proa hácia el Oriente, en donde estaba el término de su expedicion. Los tres primeros dias de marcha todo caminó felizmente, la mar estaba despejada, y el *San Pablo* dejaba á su derecha las Lucayas y á su izquierda la isla de Santo Domingo. Los vigías habian creido descubrir una vela sospechosa á popa, pero el capitan no habia hecho caso de aquellas dudosas observaciones, y en union del piloto se ocupaba en despachar sendos tragos de rom, á lo que ambos eran en extremo aficionados; pero á la caida de la tarde se picó el mar, el cielo se cubrió de pardas nubes, y largos truenos, acompañados de fuertes relámpagos, brillaron por todas partes. Alarmados los pasajeros del *San Pablo* con el cambio repentino de la naturaleza acudieron al capitan; pero éste se cuidaba muy poco de la gran borrasca que amenazaba, en razon á encontrarse completamente borracho, del mismo modo que el piloto, á quien competia la derrota de la embarcacion.

Mas una nueva y angustiosa circunstancia vino á aumentar la alarma de los tripulantes. El vigía anunció la presencia de una vela sospechosa, y esto, que en aquella circunstancia era motivo de doble inquietud, dió lugar á que el capitan se encogiese de hombros, como si aquella novedad no le importase nada, y contentóse con reirse de los temores de los pasajeros. Sobrevino la noche, y como el viento acrecia, nadie pudo estar tranquilo, mucho menos cuando los vigías que miraban con anteojos de noche todo lo que pasaba en el mar, manifestaron á su jefe que la vela sospechosa que habian descubierto aquella tarde era un bergantin que, á todo trapo, avanzaba en línea recta sobre el navío *San Pablo*.

—¡Bah!—dijo el capitan haciendo eses con los piés,—¡con que es ese bergantin! Y ¡quién hace caso á ese barco tan pequeño!

Y al decir esto se encerró en su camarote. Pero una hora despues y merced á la fuerte luz de los relámpagos, pudo descubrirse el barco que se venia encima, y entonces se comprendió que no solamente habia que temer, sino que se hallaban amenazados por uno de aquellos barcos piratas que tan temibles se habian hecho ya en aquellos mares. El nombre de Juan Ojenkan corrió de boca en boca; pero el capitan, completamente ébrio, no tomaba disposicion alguna; así fué que no pasó mucho tiempo sin experimentar las consecuencias del culpable descuido del comandante del *San Pablo*. El bergantin, que parecia volar sobre las olas y que á la luz de los relámpagos se descubria como un fantasma, era ni más ni menos que *El Milano*, quien poniéndose á una distancia regular disparó el primer cañonazo sobre el desapercibido velero español.

Avisado el capitan por este hostil saludo, salió de su camarote lanzando mil blasfemias; pero *El Milano* avanzaba rápidamente, y un fuego mortífero vino á envolver á la embarcacion española. En vano gritaban los pasajeros, en vano los marineros pedian órdenes á su jefe: éste no se hallaba en disposicion de darlas, y contentóse con mandar hacer fuego contra el ataque del pirata. Pero ya la confusion y el desaliento se habia introducido en la tripulacion del *San Pablo*, y aunque la resistencia fué desesperada, como el capitan no la pudo dirigir, resultó que todo fué en vano. Los piratas de *El Milano*, á cuyo frente iba Juan Ojenkan, se arrojaron al abordaje, y tres horas despues el *San Pablo* habia quedado prisionero en poder

del atrevido pirata. El capitan, que á última hora habia conocido su descuido, se arrojó al mar, donde pereció ahogado, y el piloto murió de un pistoletazo que le disparó el pirata: los marineros tuvieron que rendirse á discrecion, no sin haber pagado antes con su sangre faltas que ellos no habian cometido. Al dia siguiente, calmada la borrasca, Juan Ojenkan y los suyos tripulaban la embarcacion apresada hácia la bahía del istmo de Panamá, que ellos conocian perfectamente, y tres dias despues llegaban á ella orgullosos por el gran golpe de mano que acababan de dar, y el cual venia á realizar las esperanzas que habian concebido en la taberna de la Jamaica. Durante el regreso, el pirata hizo contar el tesoro que llevaba el *San Pablo*, el cual consistia exactamente, como ya hemos dicho, en sesenta mil doblones de oro y cien mil pesos de plata, además de multitud de otros objetos, presentes y equipajes, que constituian en otro sentido una gran fortuna.

Pedro Lemoige, el tabernero, estaba loco de contento al ver con qué facilidad se habia puesto rico, y los demás piratas contaban las ganancias que les correspondian de la presa, esperando que esta seria repartida escrupulosamente tan luego como llegasen á la solitaria bahía de Panamá; pero la avaricia es siempre mala consejera, y resultó que el dia antes de llegar á ella tuvieron Juan Ojenkan y Pedro el tabernero la conversacion siguiente:

—Yo creo, amigo Lemoige, que no estarás descontento de nuestra empresa. En poco tiempo nos hemos apoderado de una gran fortuna, y la que hemos recogido en el *San Pablo* supera toda clase de esperanzas. Ahora creo que mirando las cosas lógicamente, el tesoro que hemos aprehendido es exclusivamente nuestro, sin que la tripulacion pueda tener parte en él, porque habiendo sido nosotros los iniciadores del pensamiento, somos los únicos que deben participar de sus ventajas. ¿No te parece así?

—Me parece perfectamente lo que dices,—respondió el antiguo tabernero;—¿pero crees tú que nuestros subordinados se contenten con tu pensamiento? Lo primero que harán será pedir el reparto, y no habrá más remedio que acceder á él. Tú debes comprender que por mi parte mejor me sabrian cuatro que dos; pero en verdad que no sé cómo hacer eso que dices.

—Eso corre de mi cuenta,—respondió el avaricioso Juan Ojenkan.—Mañana á la noche, al llegar á la bahía de Pana-

má, me valdré de tu hijo para trasportar el tesoro al interior del bosque, y no consentiré que éste se reparta hasta que se hayan hecho nuevas presas. Nosotros somos los jefes, y por consiguiente, nosotros mandamos. Hay además otra circunstancia. Has de saber que entre los prisioneros viene una hermosa jóven española, y la quiero para mí.

—Corriente,—contestó el tabernero;—con tal que yo tome dinero me importan poco todas las buenas mozas del mundo. Te cedo, pues, mis derechos sobre la española, con tal que el tesoro lo asegures para los dos.

Siguió la conversacion en silencio, adoptándose las precauciones necesarias para ocultar en el bosque el tesoro que acababan de apresar, y á fin de que la tripulacion no se apercibiese de ello, se le entregó casi todo el equipaje del *San Pablo*, como si esto fuera un anticipo de la fortuna conquistada, penetrando al fin en la resguardada bahía, la cual servia de desagüe al caudaloso rio de Panamá, que por tres distintas bocas arrojaba al mar el tributo de sus aguas. Aquel mismo dia, la hermosa Rosaura Ortega, que desde la funesta catástrofe del navío no cesaba de llorar, fué llevada á presencia del pirata, el cual no pudo resistir los encantos y atractivos de aquella mujer sin quedar vivamente apasionado de ella.

Bien conoció Rosaura el peligro á que la exponia su hermosura; pero tenia ella la suficiente fuerza de voluntad para hacer frente con su virtud á la pasion ardiente de aquel hombre aborrecido que la habia privado de su libertad.

—Yo puedo, si tú quieres, hermosa española,—le dijo el feroz pirata,—hacerte la mujer mas rica y feliz de la tierra. Mi barco será tuyo: los tesoros que aprese en medio de los mares serán depositados á tus plantas: tú mandarás en mí con tal que tu corazon se ablande á las instancias constantes de mi cariño; y siempre que tú lo desees, que tú lo mandes, no habrá en mí más voluntad que la tuya.

Escuchó estos razonamientos la noble española como si le ofendieran súplicas tan temerarias y fuera de razon; pero cuando ella estuvo sola consigo misma principió á meditar en lo difícil de su estado, puesto que se hallaba á merced de un hombre sin corazon que podia valerse de todos los recursos de la violencia para conseguir los destemplados antojos de sus deseos. Encerrada en uno de los camarotes del navío *San Pablo*, era imposible para ella todo género de salvacion, y no

pudo menos de temblar por su honor, sériamente amenazado; por lo que, dándose trazas para salir bien de aquel apretado lance, se dispuso á contemporizar con el pirata, y si era posible, engañarlo con falsas promesas, á fin de ganar tiempo y ver si por medio de esta sagaz estratagema podia salir bien librada.

Cuando de nuevo se presentó Juan Ojenkan con sus pretensiones, la hermosa Rosaura habia aprendido perfectamente su papel, y entre lágrimas y suspiros manifestó que el amor en las mujeres no entra tan pronto como en el corazon de los hombres; pero que éstos siempre lo pueden alcanzar si con sus finos afectos logran interesar á la mujer que aman. Tan discretas palabras hicieron caer en el lazo á Juan el pirata, y creyendo que la hermosa española vendria con el tiempo á someterse á sus condiciones, se consagró de lleno á los dos pensamientos que más le dominaban: esto es, á hacerse dueño del tesoro que habia robado en el navío *San Pablo* y á ser el señor del corazon de Rosaura, que cada vez le interesaba más.

Ahora justo es que veamos cómo salió del paso respecto de ambas cosas, pues las dos merecen figurar en nuestra historia, por la importancia que tienen en los sucesos futuros.

CAPÍTULO III.

El pirata enamorado.—Proyectos de Rosaura.—Se saca el tesoro del navío *San Pablo* y se esconde en una choza.—Lo que pasa en este sitio.—El ron.—Fuga de Rosaura y su llegada á Tierra Firme.

Fondeados el *Milano* y el *San Pablo* en una de las desembocaduras del rio Panamá esperaban los piratas el reparto del tesoro que se habia apresado á bordo del navío español, y todos los dias hacian reclamaciones acerca de esto; pero Juan Ojenkan engañaba de la manera que le era posible á aquellos ladrones de mar, mientras que Pedro Lemoige preparaba con su hijo los medios de sacar el dinero del *San Pablo* sin que nadie se apercibiese, no habiendo podido llevar adelante esta empresa á causa de ignorar el punto donde debia esconderse. Mientras tanto seguia Juan el pirata tan enamorado de la bella Rosaura que no habia más que pedir; y como en los planes de la hermosa española entraba el pensamiento de engañar á los ladrones de mar, fingiendo, pues, un amor que no existia ni podia existir en su corazon, apercibida de las conferencias secretas que mediaban entre los dos jefes principales de los referidos piratas, concibió el pensamiento, no solamente de salvarse ella, sino de salvar tambien el tesoro español que estaba bajo el poder del enamorado Ojenkan.

Un dia en que éste se hallaba cada vez más vencido por su pasion, quejóse á Rosaura de que solo habia podido conseguir ligeras esperanzas; de que las promesas que ella hacia se prolongaban cada vez más, y que aquella situacion era insostenible á causa de que pensaba hacer rumbo hácia el Norte y de este modo asegurar más el tesoro que poseia y el deseo de ser el dueño de su corazon. Conoció Rosaura que podia verse perdida si efectivamente Ojenkan llevaba adelante su proyecto, y entonces le contestó que muy pronto le daria pruebas irrecusables de su afecto; que interesada ya en la suerte y en el

destino del pirata queria correr todos los azares y contratiempos que él corriese; y que, habiéndose informado de que una de las cosas que le detenia en la embocadura del Panamá era el tesoro que habia apresado, ella sabia muy bien dónde esconderlo, ya para sustraerlo de la avaricia de los demás piratas, ya para que éste sirviera, en no muy lejano dia, de medio para que ambos fuesen felices.

Ante tan discreto razonamiento, pues por tal lo tuvo Juan Ojenkan, contestó que estaba dispuesto á hacer cuanto ella le mandase y desde luego concertóse entre ambos el pensamiento de sacarlo aquella misma noche del buque que lo custodiaba y colocarlo donde Rosaura dijera. Pedro Lemoige, á quien se le comunicó el pensamiento, no se manifestó muy satisfecho, puesto que no tenia en la hermosa española la ciega confianza de su compañero; pero al fin accedió con tal de que él y su hijo fueran á conocer el sitio donde debia esconderse el tesoro. Aceptóse como era natural esta idea, y Rosaura, que inflamaba cada vez más los deseos de Ojenkan con sus ardientes miradas y dulces promesas, se vió, por decirlo así, dueña de la situacion, puesto que estaba decidida á salvar no tan solo su propia honra sino tambien la honra de su patria.

Llegó, pues, la noche y cuando los ladrones de mar estuvieron dormidos, Rosaura, seguida de Juan Ojenkan, Pedro Lemoige, un español con quien ella habia querido contar y el hijo del tabernero de la Jamaica, fueron sacando silenciosamente los sacos de oro y plata que constituian el tesoro, y los trasladaron á un lanchon que estaba preparado al efecto. Hecha esta primera operacion, Rosaura se provino de un tonelito de rom y todos se dirigieron á la costa. La hermosa española sabia por cálculo el punto más próximo á la ciudad de Costa Firme y mandó hacer rumbo á este punto en términos que una hora despues desembarcaban á la entrada de un espeso bosque.

—Pero ¿á dónde vamos á parar?—preguntó el descontentadizo Lemoige.

Rosaura por toda contestacion le presentó risueñamente un vaso lleno de rom, y como el tabernero era aficionado á esta bebida, lo apuró de un solo trago, cuyo acto imitaron todos, con lo que se disiparon todo género de desconfianzas. De esta manera llegaron á una choza abandonada, que estaba escondida en medio del bosque, y Rosaura que no habia escaseado el rom,

dijo á Juan que aquel punto era el más á propósito para dejar escondido el tesoro; idea que á todos pareció perfectamente, por lo que al punto fueron trasportados del lanchon á la expresada choza los talegos de dinero, y estos fueron enterrados bajo una porcion de tierra, piedras y troncos de árboles hasta tanto que calmada la avaricia de los demás piratas se pudiera disponer con toda libertad de aquel dinero.

Hasta aquí todo caminó perfectamente; pero Rosaura que habia llevado el intento de quedarse en tierra y no volver á bordo de los buques piratas, dijo á su ciego amante que era preciso celebrar el éxito de la empresa, lo cual pareció muy razonable á los piratas, y al efecto sacó el tonelito de ron y principió á brindar á estos con un valor que hubiera causado admiracion en un ánimo más fuerte que el de una mujer. El plan de la hermosa estaba reducido á emborrachar á aquellos hombres, y para conseguirlo más fácilmente ofreció á Juan el pronto cumplimiento de sus deseos y á los demás el apresamiento de otro buque español, cuyo plan expondria en tiempo oportuno, con lo cual tanto bebieron que quedaron todos, menos el español que ella habia llevado consigo, completamente borrachos. Pedro Lemoige quedó tendido en el sitio donde estaba oculto el tesoro y Juan Ojenkan acabó por dormirse creyendo que tenia en sus brazos á la hermosa española.

Conseguido su intento, tuvo dos deseos en aquel momento; era el uno regresar á bordo del *San Pablo*, salvar á los prisioneros españoles y batir á los piratas; pero esto era casi imposible. Ella estaba solo acompañada de un hombre y no habia medio para llevar adelante esta empresa; así es que escogió su segundo proyecto, el cual era el de regresar á la ciudad de Tierra Firme, dar cuenta de todo lo sucedido y hacer que salieran fuerzas para castigar á los ladrones de mar. Este pensamiento, era el más acertado y prudente y en aquel mismo instante, seguida del español, emprendió el camino hácia la antedicha ciudad á través del bosque y guiada tan solo por su generoso instinto Anduvo, pues, toda la noche la hermosa Rosaura destrozándose los piés con los abrojos del camino y cuando amaneció tuvo el consuelo de encontrarse á dos leguas de Tierra Firme, cuyo castillo se descubria perfectamente. Aunque rendida de fatiga y muerta de sed, apenas podia marchar adelante, hizo un esfuerzo extraordinario y á eso de las diez de la mañana llegaba al pié de los muros de la

ciudad. Pronto se cundió la noticia de la llegada de Rosaura y del desastre que habia sido víctima el navío *San Pablo*, y toda la tropa de la plaza se amotinó lanzando gritos de venganza. Llegaron pronto estos rumores al gobernador, el cual mandó comparecer á la hermosa Rosaura á su presencia, quien hizo la historia de todo lo sucedido con la discrecion que la distinguia, miéntras el oficial Juan de Ortega, hermano de la desdichada española, expresaba sus deseos de venganza, ya por las afrentas que esta habia recibido, ya por las que sufria la dignidad española con el apresamiento de la capitana.

Cuando el gobernador se hizo cargo de todos aquellos detalles y conoció la inmensa pérdida que sufria España con la pérdida del tesoro que pocos dias antes habia dirigido á ella, experimentó el deseo de recuperarlo, tanto más, cuanto Rosaura sabia perfectamente dónde éste quedaba escondido, y al efecto ordenó que el referido Juan Ortega, hermano de la ofendida española, fuera el que tomara parte en el feliz resultado que se prometia, así como se dispusiera otra columna de tropa, á fin de caer sobre la boca de los desembocaderos del Panamá y apresar el *San Pablo*, que como dejamos dicho, se encontraba en poder de los piratas.

Al oir esto Rosaura se sintió movida por el heróico valor que hasta allí habia mostrado, y suplicó al Gobernador que habiendo sido ella la que habia dado cuenta de todas aquellas novedades, se ofrecia á recuperar el navío, mientras su hermano, con gente más aguerrida, se hacia dueño del tesoro, el cual quedaba escondido en una choza del bosque próximo á la entrada del rio Panamá en el mar. Si discreta le hubo de parecer al Gobernador la plática de la hermosa Rosaura, más interesante le pareció la determinacion de aquella heroina, por lo que no pudo menos de acceder á su deseo, si bien subyugado y atraido por la belleza encantadora de la valiente jóven. Esta dió las gracias por las palabras lisonjeras que se le dirigian, y siendo nuevamente interrogada por el Gobernador sobre cuándo le parecia oportuno emprender aquella honrosa expedicion, ella contestó que no habia tiempo que perder.

—Pues sea como vos deseais, hermosísima y discreta Rosaura,—replicó el Gobernador.—Yo hasta este momento no habia tenido la fortuna de conoceros; pero si como aguardo volveis triunfante de vuestra noble empresa, vivid segura que no so-

lamente causareis la admiracion, sino otros sentimientos más profundos en cuantos os admiran.

El Gobernador lanzó un suspiro, pues se conocia que la hermosura y valor de Rosaura lo habia dominado por completo, y dispuso todo lo necesario para que al punto se pusieran en marcha las dos columnas que debian partir, la una en busca del tesoro, la otra en busca del *San Pablo*.

CAPITULO IV.

Lo que ocurrió en la ciudad de Tierra Firme con la llegada de Rosaura.—El consejo y las columnas de tropa que salen contra los piratas.—Rescate del tesoro.—Combate sangriento.—Vuelve á caer el dinero en poder de los ladrones de mar.—Las naves.

No eran en verdad en aquellos tiempos muy aguerridas las tropas de que podia disponer el noble Gobernador de Tierra Firme, puesto que se componian de milicias del país, sin la instruccion correspondiente; pero Juan de Ortega pudo marchar al frente de cien hombres y su hermana al frente de cincuenta, número que ella creyó suficiente para conseguir su intento. Dejemos, pues, á los dos hermanos caminando juntos por medio de los bosques, venciendo no pocos contratiempos, hasta que lleguen á separarse en la direccion de las tres bocas que forma el Panamá, tres leguas más arriba de entrar en el mar, y volvamos la vista á los piratas, que esperaban el reparto del tesoro, segun era de derecho por las leyes y costumbres que tenian establecidas sobre en estas materias todos los ladrones de mar. Ninguno de ellos se habia apercibido de que dicho tesoro habia sido escondido en el seno de los bosques; así es que á la mañana siguiente nadie pudo sospechar lo que habia sucedido en la noche anterior. Lo único que advirtieron era que Juan Ojenkan y Pedro Lemoige no estaban á bordo.

Gracias á la humedad de la mañana, estos, que permanecian en la choza donde estaba escondido el tesoro, fueron despertando sucesivamente, y al pronto no recordaron nada de lo que habia pasado. Pero poco á poco vinieron las ideas á darle una luz de todo cuanto habia ocurrido la noche anterior, y Juan Ojenkan, acordándose de Rosaura, se dió á buscarla por los alrededores, mientras Lemoige se cercioró de que el tesoro estaba allí, lo cual probaba que la desaparicion de la hermosa española tenia que obedecer á otras causas distintas. Despues de inútiles exploraciones y en que Ojenkan creyese que Rosaura

se habia escapado, se creia en la necesidad de volverse á bordo, dejando en la choza al hijo de Pedro Lemoige, para saber á qué atenerse acerca del destino de la hermosa española y de lo que habia pasado en las embarcaciones. Pero cuando llegóse á ellas, la tripulacion estaba sublevada: se habia descubierto que el tesoro habia sido sustraido aquella noche, y los piratas engañados reclamaban su parte, dando grandes gritos y profiriendo no pocas amenazas. No sin grave peligro subieron Ojenkan y Lemoige á la cubierta del bergantin *Milano*, y cuando el primero estuvo en la proa manifestó rudamente que el tesoro estaba en su poder y lo tenia escondido; que el reparto no se podia hacer, por cuanto á él y á Pedro Lemoige correspondia la primera presa; pero que si prometian acallarse, él les daria una participacion de la misma, y que de las demás que se hiciesen ellos alcanzarian á proporcion lo que les correspondiera.

Pero se hallaban tan sobreexcitados los ánimos que era imposible entenderse, y pasóse el dia en disputas y conferencias, hasta que, sobreviniendo la noche, todos se calmaron, conviniendo por fin en que se les diera la sexta parte del tesoro, y que tanto Ojenkan como Lemoige tomarian el resto, partiéndolo por mitad.

—Pues entonces mañana mismo haremos las partes,—dijo el pirata principal,—yendo al sitio donde estaba escondido el tesoro.

Acallada la gente con esta promesa, serenóse al punto, mientras él principió á hacer averiguaciones sobre el paradero de Rosaura, cuya ausencia lo tenia inquieto, y así pasó las primeras horas de la noche, quedándose al fin dormido á causa de las fatigas del dia. Pero serian las cinco de la mañana cuando vieron venir nadando al hijo de Pedro Lemoige, que, como dejamos dicho, habia quedado de centinela y de guardian en la choza donde estaba oculto el tesoro. Bastó la presencia de aquel jóven para comprender que ocurria algo de extraordinario, y tanto Juan Ojenkan como el tabernero y todos los ladrones de mar, se precipitaron sobre cubierta atraidos por la novedad.

Cuando el hijo de Pedro se encontró sobre la cubierta del bergantin *Milano* refirió en breves y elocuentes razones que acababan de entrar en el bosque donde estaba oculto el tesoro unos cien soldados al mando de un jefe español, y que eviden-

temente se dirigian hácia el punto donde aquel estaba resguardado.

Esta noticia desconcertaba por completo los planes de los piratas, y todos comprendieron que en vez de gastar el tiempo en inútiles reconvenciones y disputas, lo que convenia era tomar al punto una determinacion que los sacase de la terrible situacion en que se encontraban. Entre aquella clase de gente airada y decidida no tardó en tomarse una resolucion. Todos se dispusieron á desembarcar, dejando, puesto que el sitio era seguro, unos diez ó doce hombres en el *Milano* y en el navío *San Pablo* para custodiar los prisioneros españoles, y formando todos una columna para combatir á los soldados. Se convino además que, una vez rescatado el codiciado tesoro, éste se repartiria al momento entre los piratas, y Juan Ojenkan y Pedro Lemoige armaron más de noventa hombres y desembarcaron en la vecina playa, dejando los buques que les servian de refugio y penetrando en el bosque en donde existia escondido el tesoro.

Despues de dos horas de penosa marcha y de caminar con las precauciones debidas, llegaron al sitio donde se encontraba la choza del tesoro, y entonces ¡oh desencanto! ¡oh desesperacion! tropezaron con la más triste realidad que podian esperar. El tesoro ya no estaba allí: los españoles lo habian sacado del fondo de la choza y solo vieron los troncos y piedras que lo ocultaban esparcidos en todas direcciones. Comprendió entonces Ojenkan su imprudencia, pues solo Rosaura era la que podia haber llevado á los enemigos á aquel paraje solitario, y juró que estando cerca los españoles no se escaparian de su furor, y respecto de la ingrata y hermosa doncella que al parecer así se habia burlado de él, la entregaria á los piratas para que éstos, sin consideracion alguna, abusasen de su virtud y de su honra.

Fácil le fué á Ojenkan seguir la pista de la tropa del oficial Juan de Ortega, pues ésta en efecto era la que habia rescatado el tesoro y volvia con él á remontar la altura del Panamá para esperar allí el resultado de la expedicion de Rosaura; y por consiguiente, la esperanza de los piratas volvió á renacer, persuadidos de que no tardarian mucho tiempo en encontrar á los españoles. Estos, dueños ya de las riquezas que habian sido extraidas del navío *San Pablo*, se dirigieron á la salida del bosque, pero con rumbo distinto al que habian traido, dejando

no pocas señales de su tránsito, por las que los piratas se guiaban, esperando alcanzarlos muy pronto.

En efecto, al cabo de seis horas de marcha y de haberse alejado de la costa, descubrieron á los españoles que, rendidos de fatiga, esperaban en la orilla del rio Panamá la vuelta de Rosaura, por lo que muchos de ellos se habian quedado dormidos y otros se entregaban á preparar su comida mientras que un pequeño reten custodiaba el tesoro rescatado. El oficial Juan de Ortega, hermano de Rosaura, miraba sin cesar hácia la confluencia del rio y habia mandado algunos exploradores con ánimo de tener noticias de la valiente y heróica española.

Cuando Juan Ojenkan y su gente se apercibieron de lo que pasaba, comprendieron que no debian demorar un momento el ataque contra los españoles, puesto que la ocasion no podia ser más propicia, en virtud de lo desapercibidos que éstos se encontraban. En efecto, salieron del bosque á la carrera y cuando los españoles quisieron defenderse ya estaban rodeados por todas partes. Sin embargo, aquellos que se hallaban en estado de resistir se reunieron al valiente Juan de Ortega y principió una lucha á muerte en donde el valor y la desesperacion se mezclaban y confundian los unos por apoderarse de nuevo del codiciado tesoro y los otros por defenderlo hasta el último trance. Pero sorprendidos los españoles no estaban en disposicion de hacer frente á tan recia arremetida: los que se hallaban durmiendo ú ocupados en otras faenas cayeron prisioneros antes de coger las armas, y solo el bravo Ortega tuvo que hacer frente con unos veinte hombres á más de cien piratas, resultando de esta incontrastable superioridad que el tesoro volviera á caer en manos de Juan Ojenkan y su gente, los cuales lanzaron gritos de alegría por tan costosa victoria. Y decimos costosa, porque de los piratas habian quedado más de treinta hombres fuera de combate, y teniendo los españoles muchos menos á causa del reducido número de los que entraron en la batalla.

Sin embargo, con profundo dolor y vergüenza vióse obligado Juan Ortega á retirarse del campo, no sabiendo qué hacer ante el descalabro que acababa de sufrir, y solo cuando la mayor parte de su gente se le fué incorporando, pues unos se habian escapado, y otros, escondidos, pensaron en volver para atrás y no regresar á Tierra Firme hasta tanto que lograsen por

completo su intento. Al efecto, pensó antes que todo buscar á su hermana, de cuya expedicion no tenia noticias, y se dirigió corriente abajo del rio.

Mientras tanto Juan Ojenkan y los piratas, cargados con el peso del tesoro que habian vuelto á recuperar, se volvieron á internar en el bosque para regresar por el mismo camino á la oculta ensenada donde habian dejado el bergantin *Milano* y el navío *San Pablo*, pero tuvieron que pernoctar en medio de las arboledas, hasta que amenecido el dia siguiente, apretaron el paso y llegaron á la costa. Pero ¿cuál seria su asombro, su verdadero espanto, al ver que ni el *Milano* ni el *San Pablo* estaban en el sitio donde los habian dejado? Juan Ojenkan quedó aterrado; subió á lo alto de un monte que dominaba las tres bocas del Panamá, pero ni en la orilla, ni en el rio, ni en la ensenada estaban sus barcos: antes al contrario, descubrió las señales de haber habido un combate; pero cuando la desesperacion rayó hasta el último grado fué cuando apareció el hijo de Pedro Lemoige y dijo que los dos barcos habian caido en poder de los españoles y que la que mandaba estos era Rosaura.

—¡Rosaura!—exclamó el pirata Ojenkan desesperado.—¡Que no la hubiera muerto mil veces!

Pero lo cierto era que desde aquel instante lós ladrones de mar, cargados con el tesoro, no tenían retirada posible.

CAPITULO V.

Los piratas se encuentran sin sus barcos.—Medidas que se ven obligados á adoptar.—Encuentro de los dos hermanos.—Hasta dónde llega el talento y discrecion de la hermosa Rosaura.—Retirada de los piratas.—Saqueamiento de los españoles.—Ultimo combate.—Derrota completa de los ladrones de mar.

La noticia que el hijo de Pedro Lemoige habia dado á los piratas no podia ser más exacta. Rosaura habia llevado á feliz término su expedicion, y pudo apoderarse fácilmente del *Milano* en razon á que la mayoría de sus tripulantes estaban en persecucion del codiciado tesoro. Los prisioneros españoles del *San Pablo* fueron inmediatamente puestos en libertad y armados con las muchas armas que los ladrones llevaban á bordo, por lo que la valiente cuanto hermosa española dió órden á éstos que hicieran rumbo hácia Tierra Firme, mientras ella, al frente de su tropa, subia en contra de la corriente del rio Panamá con la fundada esperanza de encontrar á su hermano.

Ageno estaba éste de todos aquellos felices sucesos porque la fortuna coronaba la empresa llevada á tan buen término por su valiente hermana; encontrábase desesperado y triste por la pérdida del tesoro, cuando despues de dos dias de terrible ansiedad los exploradores que él habia mandado vinieron á anunciarle que Rosaura y su tropa subian con direccion á Panamá. Esta noticia llenó de alegría á Juan de Ortega, el cual, habiéndose informado de que solo una legua seria la distancia que lo separaba de su idolatrada hermana, corrió á su encuentro, no tardando una hora en que los dos hermanos se encontrasen estrechamente abrazados y reunidos los españoles de una y otra columna.

Al principio no hubo entre aquellos dos séres que tanto se estimaban sino afectuosas demostraciones de cariño; pero cuando pasaron las espansiones del corazon vinieron á darse sus mútuas explicaciones, de lo que resultó que Rosaura con-

tase sus prosperidades y Juan de Ortega sus desdichas, con lo que vinieron á colegir que nada estaba perdido, y sí ganado todo, puesto que los piratas se encontraban sin medios para la retirada.

—No tengas cuidado, mi buen hermano,—exclamó la valiente Rosaura cuando hubo oido la historia del pasado y reñido combate sostenido por Ortega:—la fortuna de la guerra es vária como el tiempo; pero esa canalla vil que quiere hacerse dueña de los tesoros de nuestra pátria principia desde este momento á recibir el castigo de su rapiña y de sus traiciones.

—Pues ¿cómo es eso?—preguntó Juan de Ortega admirado de escuchar aquel agradable discurso.

—Voy á decírtelo,—replicó Rosaura.—Desde el momento que Juan Ojeukan y su gente no tienen barcos para retirarse á la Jamáica ó á la bahía de Darien, que es el punto más seguro para llevar adelante sus proyectos, no tienen más remedio que emprender la retirada por tierra completamente española á través de bosques, costas y rios insuperables de atravesar. En este estado han de sufrir las necesidades del hambre, y si como es presumible ellos van cargados con el enorme peso de los sesenta mil doblones de oro y cien mil pesos de plata, dime tú cómo podrán resistir el peso de tanta fatiga y adversidad.

—Veo, querida hermana,—contestó Ortega,—que Dios te ha dado una discrecion superior á tu sexo y estado y que tú eres la destinada para alcanzar los honores de esta empresa. Nadie mejor que tú comprende el verdadero estado de nuestros enemigos, y por consiguiente desde este instante dame tu parecer de lo que nos toca practicar, porque no otra cosa se ha de hacer sino aquello que tú dispongas y mandes.

—Mi opinion, hermano mio, se reduce á bien poco por cierto; pero que ha de darnos el resultado apetecido si hemos de rescatar por segunda vez el tesoro. Yo quisiera que reunida tu gente y la mia nos pusiéramos en marcha para seguir la misma ruta de los piratas, explorar sus movimientos, acosarlos por retaguardia, no arriesgar ningun combate y dejarlos que el cansancio, la miseria y la desesperacion los obligue á entregarse ó á morir. Cargados con el peso del oro y la plata que llevan tendrán que acabar por maldecir su pesada carga y arrojarla por innecesaria, en cuyo caso nosotros no tendremos otra cosa que hacer sino obligarlos á que se vayan entre-

gando hasta que todos tengan que rendirse á discrecion.

Tan discretas como oportunas razones causaron la admiracion de su hermano, de modo que inmediatamente despues de racionar la gente con la vitualla que habian sacado de los navíos y que habian cargado en los bagajes de la columna, emprendieron el camino á través del bosque, siguiendo el rumbo de los piratas, seguros de encontrarlos al extremo de aquel extenso paraje.

Pasóse la noche perfectamente acampados en el mismo paraje donde la anterior estuvieron los ladrones, y al dia siguiente continuaron las huellas de los errantes piratas, los cuales habian tomado hácia el Oeste tierra adentro, como único camino posible, á fin de pasar al otro lado del Panamá y desde allí dirigirse al Norte. Pero las disputas ocasionadas entre ellos, el deseo de conservar á todo trance las riquezas que llevaban sobre sus hombros, el cansancio natural que dicho peso les ocasionaba y la necesidad de proporcionarse alimentos de que carecian por completo, les obligaba á que la marcha fuera muy lenta, en razon á que tenian que relevarse los unos cargados con el tesoro, los otros cazando aves y animales para comer y los demás para explorar el campo á fin de no ser víctimas de una celada. Así trascurrieron tres dias. Al oscurecer del último de estos descubrieron á lo lejos la tropa de Rosaura y Juan de Ortega que los venia persiguiendo y entonces comprendieron que las dificultades iban siendo cada vez mayores puesto que aquella tropa los ponia en sumo cuidado. Pasaron la noche con extraordinaria inquietud no sabiendo el partido que debian tomar; pero siempre dispuestos á salvar el dinero, continuaron muy de mañana la ruta que habian emprendido; pero siempre que volvian la cabeza se encontraban con que eran seguidos constantemente. Esto no les dió lugar ni para cazar siquiera. Aquellos piratas que quedaban rezagados no volvian á parecer jamás. Si se resistian, los españoles los pasaban á cuchillo y si se entregaban quedaban hechos prisioneros. El plan de Rosaura iba saliendo perfectamente, por lo que Juan de Ortega no tenia motivos más que para alabar el talento de su hermana.

En vano Juan Ojenkan y Pedro Lemoige, maldiciendo de su negra estrella, hacian esfuerzos increibles para dominar la situacion. Todo su afan consistia en remontar el Panamá para ver si encontraban un vado practicable, y los rios de América

son demasiado extensos y demasiado profundos para ser pasados con facilidad. Algunos infelices intentaron este desesperado recurso; pero en breve desaparecieron en la corriente. Al tercer dia de persecucion Juan Ojenkan habia perdido la tercera parte de su gente y ya no habia quien reemplazase á los que iban cargados con el dinero, no habiendo además tiempo para cazar: la necesidad y el hambre era cada vez mayor, lo cual era una doble causa de disgustos y coraje. Haciéndose cada vez más imposible la marcha, tuvo consejo entre los piratas acerca de lo que debia hacerse y se escogió el camino de la resistencia, lo cual era intentar el último golpe de fortuna, puesto que humanamente hablando era ya imposible seguir otro. Pero el desmayo y el desconcierto se habia apoderado de los ladrones de mar y no tenian la mejor voluntad de batirse. ¿Pero cómo salvarse? Siquiera así se intentaba la última esperanza, el último recurso, mientras que siguiendo el sistema anterior se verian en el caso de ir rindiéndose poco á poco. Además ya no habia bastantes hombres para llevar entre sí el peso de la plata y del oro y esta era la dificultad mayor. Aceptado por fin el plan de resistirse heróicamente al amanecer del dia siguiente se entregaron al descanso confiados que los españoles que les seguian harian lo propio; pero Rosaura, que por el tiempo que habia estado entre los ladrones de mar, conocia sus instintos, dijo á su hermano que habia llegado el momento de dar el último golpe á los piratas, y que en vez de descansar era preciso aprovecharse de las tinieblas de la noche para caer sobre el campamento de los bandidos.

Juan de Ortega, que no deseaba otra cosa para vengarse á su gusto del contratiempo pasado, aceptó el plan de su hermana, y así que fué media noche, puso su tropa en movimiento yendo Rosaura con una escolta á retaguardia y avanzó en silencio por medio de los bosques y cerca de la orilla del rio hasta llegar á dos tiros de bala del paraje que ocupaban los piratas. Ya en este lugar dividió su tropa en tres columnas para que por distintos puntos cayeran á un mismo tiempo sobre los enemigos, y él tambien cuando principiaba á clarear el dia se arrojó á paso de ataque sobre los piratas, los cuales si bien tenian tomadas diversas precauciones para no ser sorprendidos, no tenian la vigilancia que era consiguiente á causa del gran cansancio que los fatigaba.

Pero á los primeros disparos de la mosquetería, Juan Ojen-

kan y Pedro Lemoige corrieron con cuanta gente pudieron oponer contra los españoles; mas estos habian tomado tan acertadamente sus disposiciones, que pronto se vieron los piratas rodeados por todas partes en tales términos, que por donde quiera que volvian los ojos no tenian más que una nube de fuego y balas que los abrasaba. En vano Juan Ojeukan y Lemoige multiplicaban su valor y resistencia hasta lo último. Desconcertados los piratas, principiaron á rendirse, y los dos jefes de aquella temeraria empresa no tuvieron otro remedio que caer bajo los golpes de la espada de Juan de Ortega.

Cuando los caudillos de los piratas se vieron atados y los demás muertos ó rendidos, apareció Rosaura, cuya vista produjo en Ojeukan un asombro extraordinario.

—Ya veo que todo es obra tuya,—le dijo con acento desesperado.—Bien caro me cuesta el haber sido tan nécio.

Rosaura le miró con compasion y le replicó:

—¿Creias, desgraciado, que podias vencerme? Nó. Solo siento el término fatal que la ley concede á tu vida, y haré todo lo posible para que te se perdone; por lo demás, quien tal hizo que tal pague.

En seguida se rescató de nuevo todo el tesoro que habia sido sacado del navío *San Pablo*, y se dispuso volver á Tierra Firme, para dar cuenta á aquel Gobernador del resultado de la empresa.

CONCLUSION.

Tres dias despues de los sucesos referidos y que constituyen los episodios más interesantes de esta historia, entraba en la ciudad de Tierra Firme la victoriosa columna mandada por la hermosa Rosaura y su hermano Juan de Ortega, en medio de un gentío inmenso y de las aclamaciones de la multitud. El Gobernador de la plaza, que era un bravo y discreto caballero, cuya gallardía corria parejas con su nobleza y dignidad, no tuvo palabras suficientes para encomiar la prudencia, el valor y el talento de Rosaura, á la cual se debia el brillante y feliz resultado de la expedicion, en la que no solamente quedaban duramente escarmentados los piratas ó *ladrones de mar*, sino que quedaba rescatado el tesoro que estos tanto habian codiciado, como tambien el navío *San Pablo* y el bergantin pirata el *Milano*.

Todo el mundo se hacia lenguas de las heroicidades de Rosaura; así es que las gentes acudian á su paso, mientras ella marchaba montada noblemente á caballo, correspondiendo con modestos saludos á los de la multitud, pudiendo decirse que solamente ella era el sol que deslumbraba en medio de aquel gran concurso.

El Gobernador, montado tambien á caballo, la puso á su derecha, y así entró la columna en Tierra Firme al compás del repique de las campanas y de las descargas de la mosquetería que saludaba aquel triunfo.

La marcha estaba organizada en los siguientes términos. En primer lugar iban los de á caballo, á seguida caminaba el Gobernador, Rosaura, su hermano y una gran comitiva que de la ciudad habia salido, y despues la columna, llevando los prisioneros y el tesoro que tan singularmente habia sido rescatado.

Juan Ojenkan y Pedro Lemoige fueron el blanco de todas las miradas, pues desde luego se supo que los dos eran los jefes de los piratas, y ellos compartieron la atencion de aquel espectáculo recibiendo más bien que públicos denuestos pruebas de digna compasion. Encerrados con los demás prisioneros en el castillo de Tierra Firme no dudaron del destino que les aguardaba, sometiéndose á él con resignacion.

Al dia siguiente el Gobernador mandó instruir el proceso, y con la relacion de todo lo sucedido lo puso en conocimiento del rey de España para que éste con su Consejo resolviese lo que creyese más oportuno; y mientras volvia la respuesta, el gobernador, que no habia podido resistir á las gracias de Rosaura, acabó por declararle la noble pasion que ardia en su pecho, y la hermosa jóven no supo negarse á tan dulce correspondencia. Pensó, pues, el Gobernador tomarla por esposa; pidió permiso al rey, y el mismo dia que llegó el consentimiento del monarca tambien llegó, la aprobacion del Consejo de Castilla, ordenando que los piratas Juan Ojenkan, su compañero Pedro Lemoige y los demás prisioneros que se hallaban en el castillo de Tierra Firme fueran ahorcados en justo y merecido pago de sus delitos.

Sintió Rosaura esta nueva é interpuso toda su influencia para que no se cumpliese semejante fallo; pero lo único que pudo hacerse fué que trasladaran á los prisioneros á Panamá y que allí se cumpliese la sentencia.

El mísero Juan Ojenkan escribió una carta de gratitud á Rosaura por el interés que se habia tomado en su desdichada suerte y despidiéndose de ella para siempre. En efecto, al dia inmediato salieron los piratas para Panamá, cuya ciudad los recibió con la curiosidad que era consiguiente, y tres dias despues, confesados los reos y puestos en capilla, despues de haber hecho una protesta de sus crímenes, salieron para el patíbulo, que estaba levantado en la plaza pública.

Un gentío inmenso acudió á presenciar aquella triste escena, de la que resultó que el célebre Juan Ojenkan fué ahorcado el primero de todos; luego le siguió Pedro Lemoige, y así fueron sucumbiendo hasta veintinueve ladrones de mar de los que habian salido de Jamaica para robar á los barcos españoles.

Ejecutado aquel tremendo castigo, llegó la noticia á Tierra Firme en la víspera del casamiento de Rosaura con el Gober-

nador de la plaza. Este, por no impresionar á su futura y bella esposa con aquella nueva, nada le dijo, y al dia siguiente se celebró tan legítima union, quedando todos cada vez más encantados de la discrecion, belleza y valor de la heroina española Rosaura, siendo ésta tan feliz con su esposo, que nunca tuvo el más ligero motivo de pesar.

Un año despues de su boda supo el trágico fin de los ladrones de mar; pero es lo cierto que por largo tiempo no hubo piratas en los mares americanos, merced á la manera rigorosa con que habia sido castigado el atrevido cuanto desventurado Juan Ojenkan y su gente.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce Pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda, ó el caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flor.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladino ó la Lampara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Napoleon I. emperador de los franceses.	4
El caudillo carlista D. Ramon Cabrera.	4
El general Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
Orlando Furioso.	4
Simbad el Marino	4
El sitio y defensa de Zaragoza.	4
D. Diego Leon.	3
El conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla.	3
Bernardo del Carpio.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
D. Pedro de Portugal.	3
La doncella Teodora.	3
La heróica Judith	3
Noches lúgubres de Cadalso.	3
Matilde y Malek-Adhel.	3
Abelardo y Eloisa.	3
Ricardo é Isabela ó la Española-Inglesa.	3

	Pliegos.
El marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada.	3
El conde de las Maravillas.	3
Santa Genoveva.	3
El Nuevo Navegador ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.	3
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón.	3
La Hermosa de los cabellos de oro.	3
La Guirnalda milagrosa.	3
Los siete Sabios de Roma.	3
Guerra de la Independencia española.	3
Los Niños de Ecija.	3
Doña Juana la Loca	3
El Toro blanco encantado.	3
El Príncipe Selim.	3
Las Dos Doncellas disfrazadas.	3
Antelmo Collet.	1
El Santo Rey David.	3
El Casto José.	2
El Juicio Universal.	2
San Alejo.	2
San Amaro.	2
Francisco Esteban el Guapo.	2
El Marqués de Mántua.	2
El Valeroso Sanson.	2
La Creacion del Mundo.	2
El Diluvio Universal.	2
San Albano.	2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garin.	2